

2/18/2018

SEGUIR A JESUS ES COSA DE VALIENTES (Parte 1) Lucas 14:25-32

En las tragedias de la vida siempre surgen hombres y mujeres valientes que lo arriesgan todo, aún su propia vida por el beneficio de los demás. Son hombres y mujeres que nunca deberían de ser olvidados; sus nombres deben ser recordados. En la última tragedia que sucedió en los Estados Unidos, en una escuela del Estado de Florida, dos profesores cuidaron a sus alumnos sirviendo de escudo y ellos recibieron los impactos de las balas, muriendo a manos del joven y enloquecido asesino. También, un joven venezolano, estudiante de esa escuela, se apostó en la puerta para no dejar entrar al despiadado asesino y recibió 5 balazos. Este joven aún se encuentra vivo y oremos porque el Señor lo salve. Ellos tuvieron la opción de huir, pero no lo hicieron; no estaban obligados a hacer lo que hicieron, pero su amor por los demás fue más grande que sus propios intereses. Estos son verdaderos héroes. Sus nombres deben ser siempre recordados y honrados. Sólo los valientes hacen eso.

La Palabra de Dios está llena también de relatos de hombres y mujeres valientes que lo dieron todo por Dios sin dudar y sin cuestionar nada. La historia está también llena de testimonios de hombres y mujeres que lo dieron todo por el Nombre del Señor Jesucristo. Su ejemplo nos debe motivar para que nosotros hagamos lo mismo en estos días en que pareciera que es mejor quedarnos cómodos sin hacer nada por el Señor Jesús. Tristemente, a muchos parece ya habérseles olvidado de dónde los rescató el Señor y el gran regalo inmerecido de Salvación que les dio y están cómodos en sus nuevas vidas; solo esperan más bendiciones del Señor cada día sin tener ningún tipo de compromiso con Él. Muchos, cuando oran, solamente es para pedir cosas, pero se olvidan de pedir perdón por los pecados, agradecer por las bendiciones, pedir por fortalecer la fe y poder ser un instrumento útil en sus manos. Estos son los que yo llamo “simpatizantes”, o “espectadores”; como los que asisten a un teatro o una sala de cine para disfrutar de una buena función, pero su único compromiso fue pagar un boleto para poder ver. Se maravillan y aplauden, pero nada más; saliendo del lugar, siguen sus vidas normales. Muchos salen así también de la iglesia cada vez que hay un servicio. Como si fuera una película en que se tiene la opción de ir o no ir, así también se convierte la asistencia y la participación en la iglesia. Como si fuera una función a la que puedo calificar con un “me gustó”, o “no me gustó”, así

también sucede al salir de la iglesia. Salen y continúan con sus vidas como si nada.

Unos van por simple curiosidad y otros han diseñado a un Jesús a su medida y dicen amarle y servirle *a su manera*. Esta representa una buena excusa para no comprometerse de verdad y por eso permanecen cómodos. El punto es que “*su manera*” no necesariamente es a la manera que Dios requiere de cada uno de sus hijos, porque la manera de Dios está claramente estipulada en la Biblia. Ellos son parte de aquel montón de personas que seguían a Jesús, como veremos el día de hoy, pero que no necesariamente eran sus seguidores, porque el seguir al Señor Jesús es cosa de valientes.

Valiente significa *esforzado, intrépido, arrojado, osado, resuelto, atrevido, decidido, echado para adelante, que no se intimida ante nada*. El adjetivo de valiente se aplica a la persona que no evita o no se detiene ante situaciones de peligro; no es uno más, no es uno del montón; es alguien especial. El valiente no mide sus fuerzas entre los débiles ni entre los cobardes, eso es muy fácil de hacer; el valiente se mide entre los valientes. El llamado del Señor para el creyente es ser valiente y esforzado, como lo hizo con Josué (Jos. 1:6,7,9) y como así mismo llamó también a Gedeón (Jue. 6:12). Tenemos que medirnos con aquellos que están comprometidos no para competir con ellos sino para imitar su ejemplo.

Tristemente, no todos los que se dicen cristianos son seguidores del Señor Jesús. Pueden ser simpatizantes, pero no seguidores, puede ser que les guste pertenecer a una iglesia o se sientan cómodos en una religión, pero eso no los hace discípulos, porque un discípulo es aquella persona que le gusta aprender de su maestro para hacer las cosas que hace su maestro. Un discípulo se apega voluntariamente a su maestro para aprender y para poner por obra lo que aprendió. El Señor Jesús nos llama a ser y a hacer discípulos y no solamente simpatizantes (Mt. 28:19-20). El discípulo de Cristo sigue a Cristo, aprende de Él y empieza a hacer lo que Él le dice que haga sin excusas ni pretextos, sin cuestionar nada. El simpatizante solamente escucha pero se forma su propia opinión de si debe o no hacer las cosas y si la hace, las quiere hacer a su manera. El simpatizante no se compromete, si tiene otra cosa que hacer la hará antes que poner las cosas de Dios en primer lugar y buscará mil excusas para justificarse. Al discípulo nada ni nadie lo detiene en su compromiso con el

Señor. El simpatizante no acepta desafíos ni establece compromisos con Dios, con su Palabra y con su obra; toma únicamente lo que le gusta o lo que siente que le conviene de una enseñanza o un pasaje Bíblico; el discípulo siempre está frente a nuevos desafíos, los acepta y trabaja para alcanzar las metas. El simpatizante se toma sus descansos, pero el discípulo no para de trabajar.

El discípulo trabaja en la obra del Señor; el simpatizante se convierte en un simple espectador. En ningún Libro del Nuevo Testamento se deja ver la idea de un cristiano simpatizante espectador, ni se deja ver la idea de un cristiano independiente que no necesita venir a la iglesia o que no necesita trabajar en las cosas de Dios. Tampoco se deja ver la idea de que alguien trabaje como se le antoje, sino más bien se enseña que somos parte de un equipo; miembros de un mismo Cuerpo que trabaja con un mismo propósito para un mismo Señor (1Co. 12). Hoy debemos respondernos a nosotros mismos a la pregunta: ¿Soy un discípulo o un simpatizante?, ¿soy uno que trabaja por la causa de Cristo o soy solo un espectador?, y si soy uno más del montón, ¿qué puedo hacer para cambiar eso y convertirme en un seguidor de Cristo?

“Grandes multitudes iban con Él; y volviéndose, les dijo:” (v.25).

En nuestra Palabra de hoy vemos que, al principio del capítulo, el Señor Jesús había sido invitado a comer a la casa de uno de los principales de los fariseos. Cuando salió de aquel lugar le siguió una gran multitud de personas, pero Él no se dejó impresionar por su entusiasmo. El Señor sabía que la mayoría de ellos no tenía el más mínimo interés por las cosas espirituales. Lo seguían porque querían un milagro, o esperaban verlo hacer cosas sorprendentes, o porque querían saber qué pasó en la casa de aquel fariseo, tal vez esperaban que el Señor hablara pestes de aquella reunión que Él tuvo en esa casa, o simplemente querían escucharlo hablar porque les gustaba la forma de hablar de Él. El punto es que tenían en Él intereses equivocados. El que fuera una gran multitud al Señor Jesús no le impresiona para nada ni llena su corazón de ego.

Hoy en día lo mismo ocurre en las iglesias. Muchos van y hasta son parte de alguna congregación, pero no tienen el más mínimo interés en Él. Van porque se sienten obligados; van porque les gusta la forma en que se predica aunque el mensaje no cambia nada en ellos; van porque les gusta la música; porque les gusta estar con los hermanos; porque les gusta el templo; porque les da cierto status pertenecer a tal o cual iglesia

importante; porque les gusta que los vean como cristianos y dar cierta apariencia de espiritualidad, o por muchas otras razones más; pero no van porque quieran escuchar un mensaje de parte de Dios que transforme su vida, no van porque estén ansiosos de recibir el alimento espiritual para sus vidas, no van porque quieran conocer lo que Dios quiere para sus vidas, no van para poner en práctica los dones y talentos que Dios le haya dado, no van para continuar con la obra de salvación que el Señor les encargó a cada creyente. Son simpatizantes, pero no discípulos, tienen otros intereses personales más importantes antes que los intereses del Señor.

A diferencia del Señor Jesús, muchos pastores y líderes sí se sienten a gusto con una congregación así y sí se dejan impresionar por las multitudes; asocian la cantidad de gente con la bendición de Dios pero, ¿estarán formando verdaderos discípulos? Veamos qué hizo el Señor Jesús.

El Señor se volvió a ellos y les predicó un mensaje que reduciría muy considerablemente las filas de aquellas personas que iban tras de Él; algo que no muchos pastores harían hoy en día. ¿Sabe por qué? Porque, como dije al principio, el Señor no se impresiona con las grandes multitudes. De hecho, el Señor va a predicar un mensaje que tiene que ver con el discipulado; es decir, con los que de verdad quieren ser seguidores de Él. El Señor Jesús predicó acerca del costo que hay que pagar para seguirle a Él.

Lo primero que notamos aquí es que el Señor está más interesado en la calidad que en la cantidad. Note que no dije que no le interesa la cantidad. Por supuesto que está interesado en que se llene su Casa, como Él mismo lo acababa de exponer en la Parábola de la gran cena (vv. 15-24), es decir, el Señor Jesús está interesado en que no solo multitudes, sino el mundo entero se salve (Jn. 3:16 / 1Ti. 2:4 / 2P. 3:9), pero en cuestión de seguirle como un discípulo comprometido con Él, quería solamente a los y las valientes que estuvieran dispuestos a pagar el precio; los que han entendido y valorado el privilegio de seguirle, los que habrían de continuar su obra.

Hay una gran diferencia entre ser salvo y ser un discípulo. Y nosotros debemos de tomar en cuenta que el Señor nos está llamando a serlo (Mt. 28:19-20). Como he sostenido en otras ocasiones, todos los discípulos son

creyentes, pero infortunadamente no todos los creyentes son discípulos. La salvación está abierta para aquellos que vienen por fe, pero el discipulado es solamente para aquellos que quieren parecerse al Señor y están dispuestos a pagar el precio; éstos son aquellos y aquellas que invierten su tiempo, su esfuerzo y se comprometen con sus finanzas para la extensión del Reino de Dios en la tierra. La salvación tiene que ver con venir a la Cruz, pero el discipulado tiene que ver con cargar la cruz, negándose a sí mismos y seguirle a todas partes (Lc. 9:23). El simpatizante busca la comodidad, mientras que el discípulo se sacrifica a sí mismo para la gloria de Dios.

La salvación está abierta para todos, pero el discipulado es solo para quienes se comprometen con el Señor. Hoy en día la iglesia está llena de cristianos, pero escasa de discípulos; algunos simplemente dan de lo que les sobra, pero el discípulo lo da todo por amor a Cristo.

Conclusión.

El Señor Jesús les va a predicar un mensaje no para desanimarlos, pero sí para no engañarlos haciéndoles creer que la vida en Cristo soluciona todos tus problemas. Él quiere que sus discípulos sean como Él.

En nuestro estudio de discipulado, el autor del libro que estamos estudiando hacía una pregunta muy interesante: *“¿Qué preferiría tener en su congregación: 100 personas que están 90% comprometidas o 10 personas que están 100% comprometidas?”* Después dice que *“su propia respuesta a esta pregunta determinará su filosofía del ministerio y cuánto esfuerzo estaría dispuesto a poner para desarrollar un grupo comprometido de obreros espiritualmente calificados para trabajar para Jesucristo”*.

Puede ser una pregunta bastante tentadora porque nos puede interesar ver la iglesia llena de gente aunque estén más o menos comprometidos, lo cual sería un grave error para el ministerio del Señor. Nosotros estamos aprendiendo que las ovejas reproducen ovejas y, ¿cómo será la oveja que reproducimos? Exactamente como la oveja que la reprodujo. Llevamos el Evangelio de Cristo a alguien que no conoce de Él, pero nosotros mismos no somos ejemplo de cómo vive un creyente del Señor. Lo más probable es que ellos imiten nuestro ejemplo. Por eso, el discípulo de verdad está 100% comprometido con el Señor, con su Palabra y con su obra, y en esta serie que empiezo a predicar hoy, espero y oro

porque así sea, para que el Señor toque nuestros corazones y nos mueva a todos a seguirle no un 50%, ni un 90%, sino a un 100%, porque Él se merece eso; se merece lo mejor de nosotros, que demos todo por Él y que nos convirtamos en esos hombres y mujeres valientes que siguen al Señor, porque seguir al Señor es cosa de valientes. Amén... Vamos a orar...